

No hay silencio que no termine

Ingrid Betancourt

Traducción de María Mercedes Correa y Mateo Cardona. Aguilar: México, 2010.

Reseña por: Carmiña Navia Velasco¹

MUJERES, ESCRITURA Y GUERRA. LA PALABRA DE INGRID BETANCOURT

En Colombia hemos tenido más guerras de las deseadas. Desde muy temprano en la vida de la República, las mujeres sufrieron, vivieron, hicieron esas guerras y, también desde muy temprano, escribieron sobre ellas, a partir de ellas, en medio de ellas. Uno de los textos más significativos es el de María Martínez de Nisser (1983) *Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1840 y 1841*, discurso fundante del género en el país. En él, la autora quiere reflejar, ordenada y detalladamente, cómo se está llevando a cabo la confrontación y cómo se desarrollan los sucesos. El 2 de enero de 1843 se dirige a los “Honorable Senadores y Representantes del Congreso Constitucional de 1943” y les entrega su *Diario*, con la pretensión de que su escritura tenga claras consecuencias políticas y ayude a prevenir los males que traen consigo este tipo de confrontaciones.

Es claro que esta mujer no quiere el regreso de la guerra; pero, en el desarrollo de su diario, toma partido por ella y la justifica ante ciertas necesidades. Por eso su mirada no se detiene en los horrores vividos o posibles, sino más bien en los logros de los *héroes y heroínas*, a los que ensalza y dedica todo tipo de reconocimientos.

Caso muy distinto es el de un segundo texto escrito por una mujer, igualmente en el siglo XIX, esta vez ficcionalizado: *Un asilo en la Goajira*, de Pris-

cila Herrera de Núñez (2007). La autora se detiene sobre todo en las angustias y consecuencias nefastas de la guerra y en la victimización de una población que, sin buscarlo, queda cautiva en la dinámica generada. *Un asilo en la Goajira*, desde una mirada claramente romántica, anticipa el drama de las persecuciones, desplazamientos y exilios en el país.

Las guerras en Colombia continúan y la escritura femenina también. Escrituras diversas: correspondencias, relatos breves, intentos de novelas, novelas, estudios y análisis, testimonios, modernamente entrevistas, historias de vida... A veces, perspectivas pretendidamente amplias, como *Viva Cristo Rey*, de Silvia Galvis (1991); la mayoría, recortes parciales sobre la realidad. Ya he mirado en detalle una buena parte de esta escritura (Carmiña, 2005) y no me voy a detener en ella de manera general. Quiero focalizar mi atención en el último libro publicado de este *canon*: *No hay silencio que no termine* (Betancourt, 2010).

La obra de Ingrid Betancourt continúa en la línea de los escritos que recogen la elaboración discursiva de las mujeres colombianas sobre la guerra en el país. También hace parte de un nuevo género engrosado recientemente: los libros sobre secuestros. Desafortunadamente, en Colombia el secuestro se ha convertido en una industria perversa y el lucrar a partir de la suerte de las personas secuestradas llega hasta el mismo mercado editorial. Como las FARC multiplicaron el secuestro, los libros sobre este hecho nefasto se multiplicaron también.

¹ Carmiña Navia Velasco es profesora de la Escuela Estudios Literarios, Universidad del Valle e investigadora del Grupo Género Literatura y Discurso del Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad de la misma Universidad. Maestría en Lingüística de la Universidad del Valle y Maestría en Teología de la Universidad Javeriana. Entre sus muchos libros encontramos *Guerra y paz en Colombia: Las mujeres escriben*, (2004) Premio Casa de las Américas en la modalidad de Premio Extraordinario sobre estudios de la mujer. Sus últimos volúmenes publicados de poesía incluyen *Las calles amarillas. Antología Poética* (2010), *Senderos en destello* (2004), y *El fulgor misterioso* (2003).

La mayoría de los textos de ex secuestrados han llegado a ser, por su redundancia y baja calidad, completamente prescindibles. Algunos, sin embargo, tienen un indudable valor social, testimonial y moral, más que literario. En este caso –como casi siempre– no se puede echar todo en el mismo costal, como hacen algunos críticos; hay, por el contrario, que realizar un discernimiento previo a la escogencia y a la lectura.

El libro de Ingrid Betancourt se debe inscribir en ambas listas, escritura de guerra y escritura de secuestro; pero trasciende estas categorías. En un sentido más amplio, se puede considerar también escritura autobiográfica. Estamos realmente ante una muy buena obra de la literatura colombiana.

Las crueldades y degradaciones de la guerra en Colombia han sido narradas varias veces, algunas por mano de mujer. Podemos recordar ahora esa conmovedora historia novelada de Mary Daza Orozco (1991), *¡Los muertos no se cuentan así!*, en la que se recrea el genocidio de la Unión Patriótica o, más recientemente, *Cautiva*, de Clara Rojas (2009), donde reconstruye su propio secuestro y su maternidad en cautiverio. Estos y otros textos proporcionan un crudo y espeluznante testimonio de la crueldad humana. Su lectura nos puede disponer para algunas de las cosas que hallaremos en el relato de Betancourt; pero la realidad es que éste supera con creces cualquier preparación.

La obra participa, como ya se ha dicho, del género de los libros de secuestro, del género autobiográfico y de la representación de la guerra en Colombia. Desde este último punto de vista, constituye indudablemente una mirada parcial: la de una víctima de uno de los actores armados, aunque comparto plenamente la afirmación de Yolanda Reyes (2010) en el sentido de que una de sus apuestas centrales es la oposición entre humanidad y barbarie.

La historia, muy cuidada literariamente, está escrita en primera persona, con un manejo del tiempo en que el ir y venir construye una intriga dramática que jalona la lectura con una intensidad imparable. Quien no sepa a qué mundo se está enfrentando puede muy bien sentir que se introduce en un universo ficcional maravillosamente construido. La fuerza y la tensión se sostienen a lo largo de las 708 páginas que tiene la versión en castellano y la necesidad de

desentrañar la suerte de la protagonista empuja el deseo de atravesar esas páginas lo más rápidamente posible. El ritmo, sin embargo, en ocasiones se detiene, porque la angustia que genera la identidad con el destino protagónico exige un parón para respirar más profundamente.

El primer capítulo cautiva a quien ha tomado el libro con una mínima capacidad de apertura y empatía. En el hoy de nuestra cultura, en el que es necesario imaginar vampiros y maldades para conseguir emociones fuertes, enfrentarse a esas páginas en las que una mujer nos introduce en su necesidad de libertad, en su angustia de evadir sus captores, con la única compañía de otra frágil mujer como ella y sentir cómo el odio y la sevicia de los machos secuestradores la someten al castigo, a la humillación, a la violación de toda posible dignidad... obliga a plantearse la pregunta: en qué empresa estoy metida al tener este texto entre mis manos? Cualquier ejercicio de recepción que no apele a toda la capacidad de conciencia y de respuesta queda inmediatamente descalificado. Ese primer capítulo convoca en su escritura todas las narraciones de horror y de dolor que han poblado la historia de hombres y mujeres:

Durante el tiempo suspendido de este recorrido sin fin, sentí que me fortalecía a cada paso, pues era más consciente de mi extremada fragilidad. Sometida a todas las humillaciones, llevada de cabestro como un animal, atravesando todo el campamento en medio de los gritos de victoria del resto de la tropa, incitando los más bajos instintos de abuso y dominación, acababa de ser testigo y víctima de lo peor...

Sabía que de cierta forma, había ganado más de lo que había perdido. No habían logrado hacer de mí un monstruo sediento de venganza... ya sabía que tenía la capacidad de liberarme del odio, y veía en ello mi conquista más preciada (pág. 34).

Una vez que está claro que nos vamos a adentrar en una historia de abusos, atropellos y dolor, podemos seguir desgranando las páginas con más sosiego.

Me parece importante señalar algo sobre el personalísimo lenguaje y tono de este texto, porque entre las muchas equivocaciones que se han dicho en torno a él, hay quienes acusan a su autora de *hablar en una lengua extranjera*, desconociendo que Ingrid

Betancourt es una persona totalmente bilingüe y bicultural. Carolyn G. Burke plantea: "... cuando una mujer se da existencia a sí misma escribiendo o hablando, se ve forzada a hablar en una especie de lengua extranjera, lenguaje con el cual puede no sentirse personalmente a gusto" (Smith 2001, citado en Loureiro 1994, p. 145). Esta realidad explica, como ella misma señala al final del libro, el uso del francés para narrarse.

Me resulta imposible dar cuenta de una lectura a la que sencilla e imperativamente invito, aunque quiero señalar algunas pistas que me llegaron con gran fuerza como las más significativas. El mucho valor que le concedo a esta obra no implica necesariamente compartir toda la propuesta política en ella implícita; pero eso sería llevar la discusión fuera de base.

Una de las historias que narra es la de la búsqueda de libertad. La protagonista está dispuesta a cualquier cosa, incluso a la muerte, con tal de encontrar el camino hacia la libertad. No acepta ni por un segundo esa pérdida, no ha sido entrenada para vivir ningún tipo de esclavitud y el sinsentido al que ha sido reducida es una de las formas mayores de esclavitud al que se puede someter al ser humano. Es legítimo pensar que el impulso más fuerte que la lleva al escape continuo es la necesidad de encuentro con sus hijos. Creo, sin embargo, que aunque pueda ser uno de los pilares de la motivación, no es el único: en la raíz más profunda está el necesitarse libre y digna, necesidad de la que es imprescindible aprender. El hecho de que no se deje numerar, sino que se autodenomine por su nombre, no me parece absolutamente nada criticable; por el contrario, motiva mi respeto.

Admite re-entrenarse en la vida, pero no en nada que tenga que ver con la aceptación de la pérdida de su libertad o la limitación de su dignidad. Sus huídas en medio de la selva y de la noche, leídas en una sala de aeropuerto o en el pasillo de una universidad, pueden resultar anecdóticas y hacer pensar que se trata de una mujer muy terca que busca el castigo intentando misiones imposibles. Lo que está en juego, sin embargo, no es eso, sino el imperativo de un ser humano del siglo XX, cultura occidental, en el que la libertad no puede negociarse.

Y eso nos lleva a un segundo eje de lectura: el

libro se constituye también en el testimonio de la construcción de un Sujeto. A distancia de lo que llamamos la posmodernidad, la protagonista de esta historia terrible asume su vida como la necesidad de autoconstruirse, de tallarse a sí misma. En medio de las situaciones adversas, sometida a la humillación por sus captores y a la rivalidad y competencia por la mayoría de sus compañeros de infortunio, Ingrid Betancourt se somete constantemente a evaluación y examen. Quiere conseguir autonomía, luchar contra sus odios y resentimientos, conquistar la razón y algunos valores cristianos explicitados por ella misma, en su búsqueda y en su interrogar permanente y angustioso en ocasiones, más sereno en otras.

En este sentido, leyendo *No hay silencio que no termine*, una se siente como recorriendo las páginas de la extensa autobiografía de Simone de Beauvoir porque, como bien dice Lejeune: "Si, entonces, la autobiografía se define por algo exterior al texto, no es por un parecido *inverificable con la persona real*, sino por el tipo de lectura que engendra, la creencia que origina, y que se puede leer en el texto crítico" (1994, p.87).

La lectura que el texto impone es una reflexión sobre el andar humano en múltiples direcciones, sobre el andar de la protagonista, sobre el propio andar y, por descontado, sobre el andar de este país: Colombia y su guerra interminable. Es importante, sin embargo, reconocer que la autora no logra suficiente autocritica y eso la mantiene en algunas actitudes que pueden ser leídas como producto de una cierta prepotencia, que la coloca en un más allá del mundo de los hombres y mujeres corrientes.

Una de las rutas más bellas de este mapa en el que estamos adentrándonos es todo lo relativo a las relaciones humanas. Betancourt destaca y valora sus relaciones amorosas y de solidaridad. Hay quien dice que llamar a Clara Rojas *mi compañera* es distancia y frialdad; pienso, por el contrario, que es una referencia que en medio de la selva, de alejamientos y acercamientos, no permite olvidar que la protagonista está ligada indisolublemente a esa su compañera de infortunios. No obstante, la autora es explícita al afirmar sus diferencias con Clara Rojas y en ello es, desde mi punto de vista, a veces áspera e indelicada. De otro lado, el texto muestra claramente las luces que iluminan los rostros y las

manos de quienes, siendo captores o secuestrados, le ayudaron y le hicieron vibrar en onda de agradecimientos.

La relación más profunda y cuidadosamente narrada es la que se teje entre Ingrid Betancourt y Luis Eladio Pérez. Una relación que yo percibo como un templo del amor y que no permite las alusiones superficiales y abusivas que se han hecho por parte de quienes, aparentemente, no entienden nada del amor. Es una relación sagrada, de un profundo amor total, sin que importe lo que esta pareja realizó o no realizó en el terreno de la sexualidad directa. Pérez y Betancourt se amaron, se cuidaron, se protegieron, se entregaron... se salvaron mutuamente la vida en un paisaje que jugaba íntegramente para que esa vida se fuera por el río. Los detalles de cuidado mutuo son infinitos e invaluable. Creo sinceramente, como lectora, que a esta relación deben su sobrevivencia y su esperanza. Es una relación que no arroja ninguna sombra sobre los amores que ambos podían haber tenido o tener en la ciudad, en su vida anterior o posterior a la selva.

Finalmente, el enamoramiento entre la protagonista y Marc resulta también profundamente conmovedor. Una pareja que en medio de la selva y el horror logra vencer todas las barreras posibles e imaginables, para jugar al juego eterno de aquellos que se encuentran en el mundo de Cupido. Cartas escritas en papeles sin espacio y entregadas en la pasada al baño; encuentros que hacen sentir a la

protagonista, una mujer de más de 40 años *tengo una cita*. Y el testimonio paso a paso de cómo esta relación es llevada a sus límites por el agresivo ambiente que la rodea.

Asistimos igualmente al máximo sentido de la expresión sartriana: *El infierno son los otros*. No me detengo mucho en ello porque verdaderamente no me motiva. Resulta increíble percibir los límites de bajeza, egoísmo e insolidaridad que pueden caber en un corazón humano. La situación extrema creada entre los secuestrados y secuestradas hace aflorar lo mejor y lo peor que tenemos y sentimos. La narración da cuenta de pequeñas ruindades, como el calcular que la comida mía sea mayor que la de mi vecino cuando ésta escasea, o que un radio debe robarse porque lo único que importa es la salvación de mi yo acorralado. Diferentes miradas han reflejado, también, las propias ruindades de Ingrid Betancourt. Leyendo *Cautiva*, de Clara Rojas, por ejemplo, podemos encontrar, hasta cierto punto, otra de las muchas caras de la moneda.

En una realidad en la que se ha enjaulado a unas personas, atacando sistemáticamente su dignidad, no hay juicio posible que emitir. Pero sí me resulta necesario preguntar a las FARCes por el sentido y horizonte de tanta crueldad, horror y sadismo en muchos de sus comandantes. ¿Qué sombra, qué posibilidad lejana de un mundo diferente que dicen desear, puede llegar a través de estas prácticas, de este odio visceral, repugnante y sangriento?

Bibliografía

- BETANCOURT, I., (2010). *No hay silencio que no termine*. México: Aguilar.
- GALVIS, S., (1991), *Viva Cristo Rey*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- HERRERA, P., (2007), Un asilo en la Goajira. En: *Cuentistas Colombianas*. Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana N° 11. Bogotá: Editorial Minerva.
- LEJEUNE, P., (1994). *El Pacto Autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Editorial Megazul-Endymion.
- TISNES, R. M., (1983), *María Martínez de Nisser y la Revolución de de los Supremos*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- NAVIA, C., (2004). *Guerras y paz en Colombia: las mujeres escriben*. La Habana: Editorial Casa de las Américas.
- SMITH, S. (2001). *Hacia una poética de la autobiografía de mujeres*. En: Angel G. Loureiro (coordinador), *El Gran Desafío*. Madir: Editorial Megazul-Endymion.
- REYES, Y., (2010, Octubre 4). (s/t), *El Tiempo*.